

## **SAN JUAN DE ÁVILA: DIRECTOR ESPIRITUAL**

***Pbro Jose Atucha Abad***

*Doctor en teología por la Universidad de Navarra.  
Profesor en el Pontificio Seminario Mayor San Rafael  
de Valparaiso.*

### **I- Características y notas principales de la dirección espiritual en san JUAN DE AVILA<sup>1</sup>.**

Parece que la mejor forma de introducirnos al pensamiento y sentir del MAESTRO ÁVILA acerca de la dirección espiritual, es estudiándola desde su propio estilo de ejercerla

---

<sup>1</sup> Los textos del Santo son citados de la edición crítica dirigida por L. SALA BALUST – F. MARTÍN HERNÁNDEZ, *Obras completas del Santo Maestro JUAN de Ávila*, vol. I-VI, B.A.C., Madrid, 1971. Se cita la Obra y luego los números de las líneas que componen la cita.

y de lo que él dice que debieran ser las características principales del director, del dirigido y de la mutua relación entre ambos<sup>2</sup>.

El camino que JUAN propone tiene siempre presente dos aspectos: *primero*, los elementos evangélicos comunes al caminar de todo cristiano y *segundo*, los acentos personales que conviene resaltar para el bien de cada dirigido en particular. Ambos aspectos son siempre expuestos dentro de un ambiente de confianza en la bondad de Dios y de entrega generosa a las exigencias evangélicas<sup>3</sup>.

Las principales materias y temas que aborda con sus discípulos, se orientan a dar consejos y elementos de juicio

---

<sup>2</sup> Se ve conveniente al inicio de este capítulo ofrecer algunas definiciones sobre la dirección espiritual, las cuales siempre ayudan a tener presente los elementos generales y comunes que la constituyen. «*Spiritual direction is the art of leading souls progressively from the beginning of the spiritual life to the height of Christian perfection. It is an art in the sense that spiritual direction is a practical science that, under the guidance of supernatural prudence, applies to a particular case the principles of the theology of Christian perfection*». J. AUMANN, *Spiritual Theology*, London, 1979, 380. «Es la ayuda fraterna en vistas a la perfección; se trata de discernir los planes de Dios y ser fiel a los mismos». J. ESQUERDA BIFET, *Caminar en el amor, Dinamismo de la vida espiritual*, Madrid, 2ª, 1990, 169. «Es el don, el carisma, el ministerio de guiar a una persona a través de su trayectoria en su pascua en el Señor. Es una participación muy especial en la regeneración espiritual, en la edificación y transformación de otro ser humano. La dirección espiritual es la colaboración querida por Dios de una persona en el proceso de espiritualización, interiorización y santificación de otra». F. K. NEMECK - M. T. COOMBS, *El camino de la dirección espiritual*, Madrid, 1987, 16.

<sup>3</sup> «El vínculo que liga a Juan de Ávila con sus discípulos es, ante todo, el vínculo de su atractivo y de una amistad santa, que pronto se convierte en dependencia de dirigido a director, pero con cierto matiz especial. Juan de Ávila, varón espiritual y a la vez hombre de formación universitaria, encauza, también los estudios de los suyos. Su magisterio tiene en todo momento un sentido vital, orientando a las Escrituras, particularmente a San Pablo. Su mirar a Cristo es a través de San Agustín y del dulcísimo Bernardo de Claraval». *Obras*, I, 72.

acerca de la vocación particular, del camino de la contemplación, perfección, sin nunca olvidar lo concerniente a los deberes del propio estado de vida.

El estilo y los contenidos de la dirección avilista, presuponen por parte del dirigido el firme deseo de santidad y perfección. Sin este deseo en el discípulo, el trabajo del director, por bueno que sea, se verá empobrecido y debilitado notoriamente por la falta de motivaciones evangélicas del interlocutor.

JUAN sabe transmitir la esencia común de su espiritualidad a todos sus discípulos, dando gran libertad para que cada uno tome de ella lo que le acomode y lo viva libremente en su situación particular. Aquí resplandece una de las grandes dotes del santo: nunca imponía, siempre respetaba, sabía oír y acomodarse a las situaciones de cada persona. Destaca en su modo de proceder que, más que "imponer" un camino, lo que deseaba era "poner en camino" a sus discípulos.

El MAESTRO ÁVILA jamás pretendió que sus discípulos recorran "su" mismo camino, -por lo demás algo imposible de darse por ser único e irrepetible-, él sólo comparte aquellos testimonios de vida que sabe son comunes en el desarrollo de la vida espiritual y, que por tenerlos muy bien conocidos y recorridos, puede hacer de ellos principios seguros, sólidos, universales y acomodables a las necesidades particulares de cada uno de sus amigos y discípulos.

Al igual que todos los grandes amigos de Dios, JUAN tuvo que recorrer un camino de fe tras los pasos de Jesús. En ese caminar se esforzó por contemplar, amar y revivir los sentimientos del corazón de Cristo y de los misterios de su vida. A lo largo de todo su recorrido tuvo como maestro al Espíritu Santo; de manos del Espíritu fue guiado e introducido en la senda de la fe, esperanza y caridad, llegando a las cimas más

altas de la contemplación y unión con Dios.

JUAN guía y orienta, sugiere y propone, anima y consuela. En cada uno de esos momentos de la dirección espiritual se puede reconocer la huella o trasfondo de su propia experiencia y camino recorrido.

El estilo del Maestro tiene varias características muy personales, muy suyas, que es imprescindible destacar si se quiere entender lo que él sentía y pensaba sobre el carisma y apostolado de la dirección espiritual.

### 1.- *Paternidad*

El estilo y el ejercicio de la dirección espiritual en JUAN está marcado de un profundo sentido y conciencia de "paternidad espiritual". Su vida sacerdotal la vivía, principalmente, desde el corazón. Asombra la naturalidad y frecuencia con que expresa sus sentimientos y afectos, la sencillez y candor de lo que siente en su espíritu. Sus finos y repetidos detalles humanos son el mejor testimonio de cómo el Maestro Ávila había llegado a una armonía e integración tal entre mente, cuerpo, espíritu y sentimientos que, haciendo gala de una libertad propia sólo de los santos, puede decir, manifestar y compartir lo que vive y vibra en lo más profundo de sus entrañas sacerdotales.

Es, tal vez, la dirección espiritual la que nos permite mejor descubrir esa faceta distinta de JUAN, no sólo la del predicador, teólogo, catequista y reformador; sino la de su dote y capacidad de relacionarse con las personas concretas ejerciendo la *paternidad espiritual* en un diálogo<sup>4</sup> profundo

---

<sup>4</sup> El diálogo que JUAN mantiene con sus discípulos, que en su epistolario es donde mejor se trasluce, testimonia cómo sus interlocutores descubrían en él una persona tan abierta a sus necesidades y planes que surgía con fuerza y prontitud el deseo de fiarle en plenitud y total confianza

con sus dirigidos.

El santo valora y trata a cada creyente que a él se acerca, igual como lo haría un padre cuando un hijo sufre algún problema o necesidad. Su servicio ministerial se desarrolla con sentimientos paternos. En todo busca ayudar a sus destinatarios a que crezca en la fidelidad al Espíritu Santo y en la escucha contemplativa y comprometida de la Palabra de Dios<sup>5</sup>. El tono general de su paternidad espiritual, es de confianza en la bondad de Dios y de entrega generosa a las exigencias evangélicas.

Para poder entender y, si es posible, "sentir" con JUAN lo que él sentía sobre la paternidad espiritual es absolutamente necesario detenernos a estudiar su carta

---

los cuidados de su espíritu. Cf. F. MARTÍN HERNÁNDEZ, "San Juan de Ávila, guía espiritual a través de sus cartas", en: *Actas del Congreso Internacional, El Maestro Ávila*, Madrid, 27-30 noviembre 2000, 717

<sup>5</sup> La lectura, el estudio pero, sobre todo, la contemplación de la Palabra de Dios es camino seguro de verdadera santidad. A su hija espiritual, Sancha Carillo, le escribe: «Por eso, si no queréis errar en el camino del cielo, inclinad vuestra oreja, quiero decir, vuestro corazón, sin temor de ser engañada: inclinadla con profundísima reverencia a la palabra de Dios, que está dicha en toda la Sagrada Escritura(...) Sed estudiosa de leer y oír aquellas palabras, y sin dubda hallaréis en ellas una singular medicina y poderosa eficacia para lo que a vuestra ánima toca(...) Y mirad no seáis desagradecida a tan grande merced como Dios nos hizo, de querer ser El nuestro Maestro, dándonos de leche de su palabra para mantenernos, el mismo que nos dio el ser para que fuésemos algo». *Audi Filia*, c. 45, 4588ss

<sup>6</sup> Esta *Carta a un predicador* (Fr. Luis de Granada), escrita (1544) diez años antes de su retiro en Montilla, merece una especial atención y estudio, ya que puede ser considerada como una breve y profunda exposición o "tratadillo" de dirección espiritual. Su lectura nos permite adentrarnos en su estilo sacerdotal. Allí confidencia lo que él siente y lo que para él valen los "hijos" engendrados por el evangelio. Se destacan cuatro ideas principales en su carta primera: El predicador desempeña un oficio vicario o ministerial, análogo al de la "Virgen soberana". Ese oficio ministerial o vicario asocia al hombre a la obra de la redención. En el "engendrar" hijos por la palabra, el predicador debe sentirse "hijo de Dios" y padre de los hijos de Dios. Debe cuidar o criar esos hijos con tal desprendimiento, con entrañas de padre, con abnegación de siervo. Cf. A.

primera<sup>6</sup>. Aquello que vive en el corazón del maestro Ávila es lo que queda plasmado en las líneas de esa su carta primera. Allí se explaya y extiende en recomendar y compartir, con su gran amigo e hijo espiritual Fray Luis de Granada, lo que él siente y piensa sobre el oficio de la evangelización, de la cual la dirección espiritual es parte constituyente.

Es su corazón de "padre de almas" el que allí habla. Se trasluce una paternidad que no escatima los trabajos y cuidados que conlleva el criar, a los hijos engendrados por el evangelio, en el camino de la santidad. Su sentido de paternidad va en la línea de guiar en la filiación divina adoptiva, al estilo de san Pablo (cfr 1Co 4, 15) y según la doctrina de San JUAN (cfr. 1 Jn 3, 1). El MAESTRO ÁVILA se vale de esta carta para trazar con fuerza algunas ideas claves acerca de la paternidad espiritual.

Admira la claridad con que JUAN expresa su experiencia y su doctrina. Sus sentimientos hacia los hermanos son tan profundos y evangélicos que, como él mismo asegura *no son de libros*: «De arte que yo no sé libro, ni palabra, ni pintura, ni semejanza que así lleve al conocimiento del amor de Dios con los hombres como este cuidadoso y fuerte amor que El pone en un hijo suyo con otros hombres, por extraños que sean; y ¡qué digo extraños!; ámalos aunque sea desamado; búscales la vida, aunque ellos le busquen la muerte; y ámalos más fuertemente en el bien que ningún hombre, por obstinado y endurecido que estuviese con otros, los desama en el mal»<sup>7</sup>.

Como sus mismas palabras testifican, aquello de lo que el Maestro está hablando no procede, principalmente,

---

HUERGA, *Fray Luis de Granada, Una vida al servicio de la Iglesia*, Madrid, 1987, 53ss.

<sup>7</sup> Carta 1<sup>a</sup>, 76ss

de estudios y teorías; procede, más bien, de las entrañas, del Padre Dios. Entrañas de amor, de las que el sacerdote está dotado gracias a una participación en esos sus mismos sentimientos y espíritu paternal. Gracias a esa participación se puede ejercer esa paternidad espiritual. «Y este cuidado tan perseverante es una dádiva de Dios y una expresa imagen del paternal y cuidadoso amor que nos tiene»<sup>8</sup>.

JUAN habla de *compasión*, de palabra viva, palabra consoladora. Es un lenguaje de amor y desamor<sup>9</sup>. Es una clase de amor aún mayor que la de la sangre. «Y de aquí es también que amamos más a los que por el Evangelio engendramos que a los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne»<sup>10</sup>

La práctica de la dirección espiritual en JUAN está cargada de afecto, de interés personal por cada hijo, de vivos sentimientos, de una apostólica preocupación, por seguir sus pasos. JUAN quiere que ellos conozcan que él está viviendo y sintiendo con cada uno de ellos.

Estos sentimientos de JUAN se pueden apreciar a través de algunas de sus cartas, que testimonian los muchos detalles humanos del santo Maestro tenía hacia sus dirigidos. Ellas nos hablan del gran estilo que él usaba para tratar a las personas a quienes escribía. En todas ellas deja constancia del respeto y aprecio que le merecen las almas, su libertad y sus circunstancias particulares. A su vez, en ellas se descubre la preocupación por dar una cuidadosa respuesta a cada consulta y a cada particular necesidad de sus destinatarios. Su estilo rezuma amor a Dios y deseo de reconfortar y hacer crecer la confianza en el Señor y la aceptación de su divina Voluntad. Su alma, tierna y varonil, afectuosa, y austera se

<sup>8</sup> *Ibid.*, 74ss.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 85ss.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 87ss

muestra y refleja en sus mismas cartas: «Señal muy clara es de no amar –le dice a don Tello de Aguilar-, afligir sin compasión al que ama. Creo que vuestra merced y la señora Leonor piensan que tengo yo el corazón de piedra o de hierro, pues que tan sin duelo se quejan de mí con palabras que me dan tormento. Certifico a vuestra merced que los amo tan tiernamente, que mas he menester consuelo de cómo no les voy a servir que no reprensiones y quejas»<sup>11</sup>.

Lo que allí escribe va precedido de su oración personal, pidiendo las luces necesarias para saber aconsejar adecuadamente a las necesidades propias de cada dirigido: «Dilatada he la respuesta de la carta de vuestra merced, esperando tener mejor disposición, para con mejor aparejo pedir a nuestro señor la respuesta»<sup>12</sup>.

Cuando se ve en la necesidad de llamar la atención o corregir a algún dirigido, sus palabras van envueltas en bondad y finas maneras: «Deme licencia para reñirle, no porque tiene desconsuelos ni lo que me escribe, que aquello, Cruz de Cristo es, y muy preciosa, y nunca ello tan bien mereció, de ser ejercitada de sus enemigos porque sirve a Cristo; más riñole porque no se acuerda de las palabras que de parte de nuestro Señor le he dicho, con las cuales no sería menester que de nuevo le diese aviso»<sup>13</sup>.

En muchas de sus cartas comienza recordando su condición de "padre" espiritual, «su amor y su interés por el alma de su encomendado, hasta resplandecer la ternura con que vivía él tan precioso sentimiento»<sup>14</sup>. Su conciencia de ser responsable del bien espiritual de sus dirigidos, le

<sup>11</sup> Carta 75, 3ss.

<sup>12</sup> Carta 104, 1ss.

<sup>13</sup> Carta 89, 1ss.

<sup>14</sup> B. JIMÉNEZ DUQUE, "El Padre Avila, director espiritual", en *El Beato Maestro P. Juan de Avila*, Madrid, 1952, 62-63.

hace expresarse así: «No sé por qué palabras os dé a entender la culpa que me acusa y la pena que temo. Miro el mucho tiempo que ha pasado en escribiros, habiendo vos sido encomendada a mí para qué, mediante mi cuidado, vuestra ánima fuese aprovechada en el servicio del celestial Rey (...)

Señora -oso decir mía, pues sois esposa de mi Señor-, ¡quién supiese cómo os va para tener descanso en vuestro bien, o recibir tormento de tristeza con vuestro mal!»<sup>15</sup>.

En la misma carta se lee más adelante: «Digo descuido en el escribir, mas no en el acordarme de vos; porque en esto no ha permitido nuestro Señor que haya sido descuidado; fue tan grande el amor que por veros sierva de Dios os cobré, y entrasteis tan dentro de mi corazón, mirando que obró Dios en vos sus misericordias, que nunca más de mi seno habéis salido, aunque no he sido para os esforzar y consolar en este camino. Perdonadme, hermana, por amor de Jesucristo, y no seáis vos cruel contra vos y seldo contra mí en todo lo que mandáredes»<sup>16</sup>.

Encamina a sus dirigidos a ver sus problemas, dudas y debilidades, a la luz de Cristo y de los misterios de su vida.

Con el deseo de acercar a las almas a Dios, invita al discernimiento espiritual, a conocerse, a darse plenamente, a trabajar por metas concretas y a ver los problemas personales bajo la luz de la fe. De este modo, teniendo siempre de trasfondo una gran confianza en el amor de Dios, va encaminando a los destinatarios a una generosa entrega

---

<sup>15</sup> Carta 176, 1ss.

<sup>16</sup> *Ibid.*, 68ss.

en el camino de la perfección y de la contemplación.

### 1.1.- *Pedirla a Dios*

En primer lugar se debe pedir a Dios «el espíritu de padres para con sus hijos que hubiéremos de engendrar»<sup>17</sup>. Hace ver que la tarea de dirigir a otros es «un cuidadoso y fuerte amor que El (Dios) pone en un hijo suyo con otros hombres»<sup>18</sup>. El predicador y el director espiritual o confesor, debe tener una actitud semejante a la de un padre o de una madre que da de comer a su hijo pequeño, «aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aún dejar de estar entre los coros celestiales para descender a dar sopitas al niño»<sup>19</sup>. Con este fin «es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa»<sup>20</sup>.

### 1.2.- *Con corazón compasivo*

Es tal el amor que se siente por el bien espiritual de cada hijo, que cuando las almas se pierden, “no hay dolor que a éste se iguale”<sup>21</sup>. Los hijos espirituales deben ser guiados a ejemplo de la mansedumbre del Señor: «A quién quisiere ser padre, conviéndole un corazón tierno (...) para haber compasión de los hijos (...) y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da»<sup>22</sup>.

Recomienda ofrecerles unas pautas claras y decididas,

---

<sup>17</sup> Carta 1<sup>a</sup>, 67s.

<sup>18</sup> *Ibid.*, 79s.

<sup>19</sup> *Ibid.*, 129ss.

<sup>20</sup> *Ibid.*, 131s.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 144s

<sup>22</sup> *Ibid.*, 164ss.

de suerte que «les enseñe a andar poco a poco y sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados, más tengan algún nervio de virtud; y no se dé el tanto a otros, que pierda su recogimiento y pesebre de Dios»<sup>23</sup>. Su único objetivo ha de ser el progreso espiritual del dirigido, sin favoritismos ni intromisiones<sup>24</sup>.

En relación a este punto, MARTÍN HERNÁNDEZ<sup>25</sup>, catedrático de la Universidad de Salamanca, afirma que el director espiritual ha de ser «un guía, es decir, un maestro (como Maestro le conocieron siempre sus contemporáneos): y a la vez, un padre, en el sentido de que con sentimientos paternales ha de ayudar a aquellos que se le confían, para que crezcan cada vez más en la vida espiritual. Sin esa idea de padre no puede concebirse que haya un buen director espiritual»<sup>26</sup> «Para ilustrar esta paternidad que tan vivamente sentía, continúa el catedrático MARTÍN HERNÁNDEZ, bueno es recordar lo que desea (Juan) que tengan los sacerdotes, es decir “corazones de madre” para llorar “de ver muertos a sus espirituales hijos”, como dice en la 2ª Plática a los sacerdotes (líneas 366ss); y también aquella paciencia y “compasión entrañable” que pide a los confesores para sus penitentes, aplicable al caso de la dirección, a la que va tantas veces unida»<sup>27</sup>.

Al leer su carta 1ª, viene muy bien citar el acertado comentario y la bella analogía que GRANADA hace del santo Maestro: «El pecho de este Padre era una espiritual botica,

<sup>23</sup> *Ibid.*, 219ss.

<sup>24</sup> Cf. *Carta 1ª*, 227ss.

<sup>25</sup> Cf. MARTÍN HERNÁNDEZ, F; *San Juan de Avila, guía espiritual a través de sus cartas*, ponencia dada con ocasión del Congreso Internacional “El maestro Ávila”, noviembre de 2000.

<sup>26</sup> *Actas*, 717.

<sup>27</sup> *Ibid.*

donde el espíritu Santo había depositado las medicinas para la cura de tantas enfermedades como padecen nuestras ánimas, que sin dubda son más que las del cuerpo»<sup>28</sup>.

### 1.3.- *Es una participación de la misma paternidad divina*

La paternidad espiritual de la que JUAN habla en esta carta, tiene su inicio en el hecho, lleno de amor y libertad, de un Dios que ha querido darse a sí mismo y compartir sus bienes: «Y porque de El y de sus bienes hay comunicación con nosotros»<sup>29</sup>. De estas palabras de JUAN se desprenden algunas afirmaciones que ayudan a clarificar el fundamento de toda la vida cristiana y su posibilidad de desarrollarse.

En primer lugar se debe analizar y profundizar la gran verdad de que es Dios mismo quien se da, se comunica, y así obrando nos hace partícipe de *su ser*. Esa donación de sí mismo es lo que fundamenta que en la vida cristiana se pueda llegar a una verdadera comunión de vida íntima entre Creador y criatura, con auténtico diálogo y mutua entrega de amor y de interioridades<sup>30</sup>.

Dios "sale" al encuentro del hombre, trae consigo su corazón y sus bienes. JUAN lo dice muy finamente: "hay comunicación con nosotros". ¿Qué enseñanza tienen estas palabras de JUAN para el ejercicio de la dirección espiritual? Se puede afirmar que la primera y principal es que si podemos hablar de paternidad espiritual se debe a que Dios

---

<sup>28</sup> GRANADA, *Vida*, p. 1ª, c. 3, 37.

<sup>29</sup> *Carta 1ª*, 12.

<sup>30</sup> La dirección espiritual como parte constitutiva del proceso de crecimiento y madurez en el amor de la vida del cristiano, está, al igual que todos los carismas que se viven en la Iglesia, orientada, gracias al fiel y diario caminar en la caridad, a facilitar ese encuentro con Dios que se nos da y comunica en medio de las situaciones de la vida y de la historia.

ha querido comunicarnos algo de su mismo "ser de Padre". Gracias a ello la dirección espiritual guarda una cierta semejanza con el modo que Dios tiene de proceder y relacionarse con sus hijos. El padre espiritual debe también saber hacer donación *de lo suyo y de sus bienes*, logrando, por medio de ello, un punto de encuentro con el dirigido. Dejemos que JUAN nos lo diga con sus propias palabras: «Resta pedirle (al que tal oficio escoge) el espíritu de padre para con sus hijos que hubiéremos de engendrar. Porque no basta para un buen padre engendrar él y dar la carga de educación a otro: mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándoles de este lugar de peligro, como el padre suele tener cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada»<sup>31</sup>.

Al optar JUAN por emular el empeño evangelizador con un *gestar y criar hijos para Dios*, empieza a utilizar el concepto (lleno de profundidad y sentido bíblico –San Pablo–) de la "Paternidad" espiritual.

La paternidad espiritual requiere de forma impostergable e imprescindible llegar a una comunicación que, más allá de ideas y doctrinas, plasme y materialice una donación del corazón y desde el corazón.

Este concepto de *paternidad* es el preferido de JUAN, ya que ha encontrado en él la figura o imagen que mejor le

<sup>31</sup> Carta 1ª, 67ss.

<sup>32</sup> El pensamiento de JUAN goza de una gran lógica interna. Tras afirmar que la condición de padre (y las actitudes de vida que ella envuelve) es la más apropiada para este «nuevo llamamiento con que nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos a gloria suya». (Carta 1ª 3s); no deja de recordar y desarrollar en primer lugar la necesidad de profundizar previamente la condición de hijos. Padre, hijo; vida, crianza, amor, sufrimiento; alegría, dolor..., son las palabras que, como hebras de un tejido, se entrelazan formando esa obra que es dar vida y formación.

permite expresar y compartir lo que el entiende por evangelizar<sup>32</sup>.

Es Dios mismo quien «quiso poner de este espíritu y de esta lengua en algunos, para que, a gloria suya, puedan gozar de título de padres del espiritual ser»<sup>33</sup>.

Esta alusión al "espíritu", a modo de participación en el Espíritu divino, introduce en el tema a *Aquel* que es el "dador de vida" y alma de toda obra grata y santa a los ojos del Padre. Están presentes al menos dos ideas: el querer de Dios y el fin de su presencia. Dios ha querido dar de *su* espíritu, pero en vistas a un fin que supera y trasciende al que los recibe y posee. Se ve con claridad el carácter, en ningún lugar mejor utilizado, carismático, para beneficio de toda la Iglesia, de la donación, presencia y acción de ese Espíritu.

La llamada a tomar parte en algo que es tan íntimo en Dios, como lo es la salvación de todo ser humano, está más allá de toda virtud y de todo derecho en la vida de cualquier apóstol. Es una invitación gratuita, sin méritos previo de nuestra parte.

Siempre será bueno recordar esta verdad y volver a agradecerla, ya que nunca se valorará y agradecerá en su justa medida. El "engendrar por el Evangelio", como dice san Pablo, es participar de la misma paternidad divina.

## 2.- *Interés por la persona concreta del dirigido*

En estrecha relación con el punto anterior, se debe destacar en JUAN su gran interés y entrega por cada dirigido

---

<sup>33</sup> Carta 1ª. 24ss.

en particular. Al respecto, dice del Maestro Ávila el P. ÁLVARO HUERGA: «Era hombre de guerra. Pero era también hombre que cuidaba con entrañable amor a sus hijos espirituales»<sup>34</sup>.

No escatima ternura y afecto, cariño y jovialidad<sup>35</sup>. Sobre esta última cualidad, vemos cariñosamente a JUAN bromear con don ANTONIO DE CÓRDOBA: «¡Qué rico y contento debe estar vuestra merced ahora con sus calenturas! Creo que no las cambiaría por todo el oro del Perú»<sup>36</sup>.

El intenso recuerdo de sus amigos nos manifiesta su corazón profundamente humano y lleno de gozo y felicidad al recibir noticias y cartas de ellos: «Tenía tan deseado saber de vuestra merced, que no me fue pequeña alegría ver su carta»<sup>37</sup>.

Comparte con ellos la alegría cuando las noticias son buenas: «Recibí vuestra carta y aquel placer con ella que con cosa de quien verdaderamente amo»<sup>38</sup>. En otra carta leemos: «Góceme con una carta de vuestra merced que recibí los días pasados como con una cosa de personas que el Señor se goza en ellas»<sup>39</sup>.

Las buenas nuevas de sus discípulos tiene fuerte eco en el alma de JUAN: «Por medio del P. Gonzalo Gómez soy

---

<sup>34</sup> *POSITIO super canonizatione aequipollenti. Urbis et Orbis canonizationis B. Ioannis de Avila, presbyteri saecularis "Magistri" nuncupati* (Romae, 1970), 110.

<sup>35</sup> Cf. *Obras*, I, 269.

<sup>36</sup> *Carta 168*, 1ss.

<sup>37</sup> *Carta 167*.

<sup>38</sup> *Carta 225*, 1ss.

<sup>39</sup> *Carta 228*, 2ss. Leemos en otra de sus cartas: «Aunque la respuesta de la carta de vuestra reverencia va tarde, el alegría que esa carta me dio no fue tarda ni pequeña». *Carta 220*, 1ss.

<sup>40</sup> *Carta 223*, 2ss. Cf. cartas 33, 36, 55-56, 138 y 163.

recreado con las buenas nuevas de vuestro estudio y virtud oigo. Alégrome en el Señor y doile gracias»<sup>40</sup>.

También se sabe mostrar especialmente cercano y afligido cuando son noticias de pruebas y trabajos: «Confieso a vuestra merced, cuando veo sus cartas, que se me mueven las entrañas de compasión y quizá se me rasgan, de no ser para ayudarle en algo a llevar sus trabajos»<sup>41</sup>.

Al mismo tiempo que da luz y guía, JUAN ofrece ánimo y consuelo. Siempre es mejor ofrecer una orientación espiritual que vaya acompañada de afecto y comprensión, ya que esa conjunción de doctrina y afecto mueve más el corazón del dirigido y hace más fácil la práctica de los consejos ofrecidos. Esto se puede comprobar en numerosas de sus cartas<sup>42</sup>. De la carta 32, «A una doncella enferma y desmayada en el camino a Dios», son estas animosas palabras: «Despierte ya, señora, y tenga a sí por quien es, y a Dios por quien es. Y así desechada se sintiere, y tenga a sí por quien es, y a Dios por quien es. Y así desechada se sintiere, súfralo con humildad, pues así lo merece... Por eso, póngase vuestra merced a padecer y tener guerra consigo, y pase adelante, que el Señor la consolará»<sup>43</sup>.

En ocasiones su deseo por saber acerca de sus dirigidos es tal que él mismo se adelanta a escribirles y preguntar sobre ellos: «Pues que vos no os acordáis de me hacer saber de vos, quiero yo ganar esta joya; que pues vos habéis sido primero en hacerme buenas obras, no es mucho que yo le sea siquiera en palabras»<sup>44</sup>.

Su vivo y sentido interés por la persona concreta del dirigido, acompañada de finos detalles humanos, aparece

<sup>41</sup> Carta 50, 2ss. Cf. Cartas 69 y 70.

<sup>42</sup> Cf. Cartas 19-21; 41, 48: 54, 93, 39, 79, 109.

<sup>43</sup> Carta, 32, 30ss.

<sup>44</sup> Carta 164, 2ss.

expresado en muchas de sus cartas, veamos algunas muestras de ello. Escribe a una religiosa: «Algunas veces he pensado si nuestro Señor os ha llevado de esta presente vida a gozar de sí, pues estando acá y estar tanto tiempo sin hacerme de saber de vuestra ánima, me parece cosa increíble. Aunque algunas veces es tanto lo que da acá nuestro Señor a sentir de sí mismo, que no se acuerda el ánima de nadie, por estar toda ocupada en Aquel que es todas las cosas. Plega a su bondad que la causa de vuestro no escribir sea ésta»<sup>45</sup>.

A un predicador escribe: «No tenga vuestra merced queja de mí le suplico, sino dónemelas (...) Ya sabe vuestra merced mis faltas (...) Suplícole crea que en cosa de más importancia tengo amor para le servir»<sup>46</sup>.

## II- Cualidades del director.

A lo largo del camino de seguimiento evangélico el cristiano goza de muchos auxilios espirituales para poder fielmente perseverar y crecer en sus propósitos, uno de ellos es la presencia de un buen director espiritual.

Por la importancia del tema y la calidad de la ayuda que el director espiritual puede ofrecer al creyente, se entiende que quien posee y ejerza ese carisma, debe ser poseedor de un nutrido cúmulo de virtudes, condiciones y cualidades para poder ofrecer la ayuda debida y adecuada a sus dirigidos. En este apartado trataremos de exponer aquellas

---

45     *Carta 159, 1ss.*

46     *Carta 160, 1ss.*



cualidades y dones que JUAN menciona y destaca en sus escritos y en su misma vida.

### 1.- “Ciencia y experiencia”

Dentro de las cualidades que conviene que tenga el director espiritual, el santo Maestro destaca varias, dos de ellas son: que sea «una persona letrada y experimentada en las cosas de Dios»<sup>47</sup>, un «confesor sabio y experimentado»<sup>48</sup>.

Gracias a esta ciencia y experiencia, el confesor estará en condiciones de guiar a sus dirigidos, evitando así las limitaciones de pura devoción subjetiva y de posibles engaños espirituales, hacia la verdadera experiencia espiritual que consiste «en el cumplimiento de la voluntad del Señor»<sup>49</sup>.

Cuando los fundamentos teológicos y la prudencia es escasa en el director espiritual, son como aquellos: «que se van ligeramente tras un sentimiento de espíritu, y hacen mucho caso de él; y si alguno le cuenta algo de aquestas cosas, oyéndolo con admiración, teniendo por más santo al que más tiene de ellas, y aprueban ligeramente estas cosas, como si en ellas todo estuviese seguro; y como no lo esté, muchos de estos por ignorancia caen en errores, y dejan caer a los que tiene a mano, por no darles suficientes avisos contra las cautelas del demonio; por lo cual no son buenos para regir tampoco, como los pasados»<sup>50</sup>.

Estas condiciones son tan necesarias y reclamadas por la honra de Dios y el bien de las almas, que su ausencia es

---

<sup>47</sup> Obras I, *Audi Filia*, c. 55, 5638s. (en adelante AF).

<sup>48</sup> AF c. 28, 2728.

<sup>49</sup> AF c. 55, 5666ss.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 5655ss.

causa de muchos y graves daños tanto para el director como para el dirigido. «Oh, cuanto mal ha hecho a sí y a otros, gente sin letras, que ha tomado entre manos negocio de la vida espiritual, haciéndose jueces de ella, siguiendo solamente su ignorante parecer»<sup>51</sup>.

Al parecer, se puede desprender de esta afirmación de JUAN que él ha conocido y tenido experiencia cercana de gentes que "sin letras" se han entregado a un apostolado tan delicado y preciso, y ha podido apreciar los tristes frutos que de ello se han reportado para el "guía" y el discípulo.

JUAN tiene un respeto y amor tan grande a cada persona redimida por Cristo, que no puede sufrir que se tome a la ligera o se desvirtúen los frutos de la redención de Cristo y el valor único de cada hijo de Dios.

## 2.- *Vida de oración*

En vista a que el director espiritual pueda cumplir adecuadamente su importante y necesaria misión, JUAN le recuerda que ha de estar enraizado en una profunda vida de oración.

El padre espiritual, que está llamado a ser un verdadero maestro de oración y contemplación, debe en primer lugar ser un hombre donde la meditación de la Palabra de Dios ha resonado en lo más profundo de su propio ser. Sólo gracias a una dilatada vivencia y ejercicio en la escucha dócil y atenta del Espíritu Santo, que es el verdadero *Maestro de oración*, estará capacitado para guiar a otros por las sendas del Espíritu.

El servicio y carisma de guiar a los creyentes hacia la madurez espiritual, le reclamó y aún más le exige al director

---

<sup>51</sup> AF c. 74, 7616ss.

la lumbre y la experiencia en el discernir “las voces” que llegan al corazón del cristiano. Ello no es posible con sólo una sabiduría humana, se requiere otra superior que permita oír, discernir y seguir la voz del Señor y no ser confundido por las del mundo, demonio o carne. Pero una capacidad y habilidad tal es sólo fruto de una íntima, intensa y perseverante vida de atenta, humilde y amorosa escucha de la voluntad de Dios.

¿Qué tipo de ayuda puede ofrecer un guía espiritual que no está en plena y constante unión con el que es la fuente de la vida y de la luz? JUAN lo dice con simples y claras palabras: «Y el tal confesor debe orar mucho al Señor por la salud de su<sup>52</sup> enfermo y no cansarse porque le pregunte el tal penitente muchas veces una misma cosa, ni por otras flaquezas que suelen tener; de las cuales no se espante, ni le desprecie por ellas; más háyale compasión entrañable<sup>53</sup>. Encomiéndele la enmienda de la vida y que tome los remedios de los sacramentos»<sup>54</sup>.

---

<sup>52</sup> Este adjetivo posesivo “su”, utilizado por JUAN, nos puede ayudar a sopesar y a entender un poco mejor el profundo sentir del santo sobre la *paternidad espiritual*. El dirigido no es para JUAN *alguien*, como uno más entre tantos, es *su hijo*. Este aspecto de saberse y sentirse padre y responsable de la vida y crecimiento de sus hijos, encuentra en la dirección y paternidad espiritual uno de los mejores cauces donde JUAN puede derramar y vivir su estilo “de padres del espiritual ser”. Cf. *Carta 1ª*, 25s.

<sup>53</sup> Vuelve a aparecer con fuerza la idea que cruza todo el sentir y pensar de JUAN sobre la paternidad espiritual, idea que destaca su gran compasión, paciencia e incansable empeño de ayudar a sus dirigidos.

<sup>54</sup> AF c. 28, 2734ss.

La ausencia de cualquiera de estas virtudes en el padre espiritual sería causa de muchos daños en los dirigidos.

### 3.- *Prudencia y buen juicio*

Si la virtud de la prudencia es tan necesaria y oportuna en la vida de todo cristiano, ¿cuánto más lo será para aquel que tiene como misión: *encaminar, avisar y corregir* a los hijos espirituales? Ella apunta a lograr la rectitud y el equilibrio en el modo de obrar de cada una de las virtudes. Las armoniza e integra, permitiendo que ellas se constituyan en una verdadera virtud en la vida del creyente y de la comunidad, y no en algo desviado, desproporcionado o desequilibrado.

Su presencia es necesaria para que se de un verdadero discernimiento de espíritus, una adecuada dirección y guía espiritual y un correcto ejercicio de la autoridad.

La prudencia si es sólo humana no es capaz de responder adecuadamente a todas las vicisitudes de la vida del cristiano, ella debe ser elevada e iluminada por una lumbre mayor; lumbre que debe ser deseada y buscada en la oración humilde y confiada: «La mayor lumbre celestial que de la contemplación de Dios resulta»<sup>55</sup>.

Por ello, como hemos visto en el apartado anterior (1.2), el director espiritual ha de ser un hombre de oración y contemplación, capaz de abrirse a la búsqueda y recepción de esa "lumbre mayor" sin la cual le será imposible ayudar en propiedad a sus dirigidos.

Esta virtud, la primera de las virtudes morales, es

---

<sup>55</sup> Carta 11, 942. Es una virtud que le conviene especialmente a quienes dentro de la Iglesia tienen y deben ejercer autoridad.

también tema de conversación entre los santos. Así lo vemos en la carta que JUAN le envía a San JUAN de Dios. «Para ser fiel es menester ser prudente(...) porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas que desagradan a Dios y es castigada su necedad con necio castigo»<sup>56</sup>.

JUAN le recuerda y encarga este consejo al santo portugués en medio del ejercicio mismo de su dirección espiritual hacia San JUAN de Dios. Como se ve, no sólo la necesita el director, sino que también debe ser recomendada y ponderada frente a la persona del dirigido. Incluso las manifestaciones más elevadas de la vida cristiana, y tal vez ellas sobre todas las demás, deben ser regidas por la prudencia. JUAN le invita a aplicar las reglas de la prudencia tanto a la vida espiritual como a los servicios de caridad.

#### 4.- *"Saber dubdar"*

La prudencia fue una de las virtudes que más sobresalió en la vida del Maestro ÁVILA. Tuvo muchas ocasiones para someterla a prueba y comprobar los grandes bienes que se su práctica se siguen. Fijémonos ahora en cómo él la recomienda y alaba: «Mas sabed que hay algunos de tan buen juicio, y que tienen entendido que la santidad verdadera no consiste en estas cosas, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor, y tienen experiencia de las cosas espirituales, y saben dubdar y preguntar a quien les informe. De estos tales bien os podéis fiar, aunque no tengan letras: pues, para quien todo su negocio es entender en sí mismo,

---

<sup>56</sup> Carta 46, 22ss.

<sup>57</sup> AF c. 55, 5665ss.

aquesto le basta»<sup>57</sup>.

Este importantísimo texto avilino contiene una afirmación de suma importancia en orden a ejercer una dirección espiritual que respete y busque siempre el bien y provecho del hijo espiritual. Nos referimos a que el padre espiritual ha de *saber dubdar*. Esta afirmación de JUAN, reflejo clarísimo de su propio estilo de proceder, es una invitación a la humildad y prudencia, actitudes claves e imprescindibles en todo padre y guía espiritual. Trae en sus manos dos grandes misterios: el del amor de Dios que obra en el corazón del creyente y el misterio del corazón del hombre que camina entre la fidelidad y la infidelidad a la llamada divina.

Ante este encuentro de dos grandes misterios ¿cómo no *saber dubdar*? Aquí el dudar, que recomienda JUAN, no es falta de virtudes o cualidades para guiar a los demás, más bien es síntoma y fino testimonio de ser poseedor de, quizá, el más necesario de ellos al momento de emitir juicios y opiniones que se refieran al cruce de estos dos misterios antes aludidos.

Para mejor lograr este fin, JUAN invita al guía a *preguntar a quien le informe*. El padre espiritual no tiene obligación de saber todo, ni tener respuestas a todos. Debe tener la suficiente base teológico-doctrinal y experiencia para desempeñar este oficio, pero, sobre todo, debe tener sencillez, humildad y prudencia. Es imposible que quien siga este consejo del maestro Ávila yerre en el camino y, por ende, haga errar a su dirigido.

*Saber dubdar* no es suficiente, se debe, una vez más, acudir a la "Iglesia", a los hermanos, al juicio y opinión de otras personas prudentes, sabias y experimentadas en los caminos del Espíritu, y *preguntar a quien le informe*.

## 5.- *Suavidad y determinación*

JUAN es muy respetuoso del proceso espiritual de cada dirigido, sabe escuchar, esperar, dar tiempo y oportunidades. Lo que no comparte es que aquellas decisiones importantes y pasos necesarios de avanzar, se dilaten *innecesariamente por causas poco evangélicas* como pueden ser: miedos, desinterés, poco deseo de emprender con seriedad el seguimiento de Cristo, dudas enfermizas, falta de propósito por dejar atrás estilos de vida, de pensamiento, seguridades, etc.

La dirección espiritual no es un constante divagar, o un discurrir que se sucede indefinidamente sin nunca llegar a materializarse en la propia vida. La dirección espiritual, como su mismo nombre lo dice, es un dirigirse hacia, y no un caminar en círculos. Por ello una nota característica de este carisma en JUAN, es el de tomar decisiones, propósitos, metas, que abracen y comprometan toda la vida del creyente.

Estos compromisos deben ser tomados libremente por el dirigido. Para llegar a ese momento se requiere todo un proceso previo que concluya en una entrega al plan de Dios que abarque al cristiano en su totalidad, es decir: donación lo más definitiva y comprometida posible, y no sólo especulación. También en la vida espiritual se puede dar la dilatación voluntaria de decisiones importantes por falta de confianza en Dios y excesivos deseos de seguridades, que no siempre Dios quiere dar al cristiano.

El director espiritual debe ser extremadamente delicado cuando se encuentra ante un discípulo que no da el paso desde lo teórico a lo vivencial. Deberá saber esperar - *dentro del tiempo de Dios*-, y deberá también invitar a determinarse y decidirse.

No pocas veces el dirigido espera encontrar en el director un tipo de seguridad que a él no le corresponde tener ni ofrecerle. Ese tipo de seguridad le pertenece sólo a Dios, y sólo en sus manos está el cómo y el cuando ofrecerla.

Sólo en casos muy particulares podrá el director emplear un lenguaje más *tajante*, cuando vea con claridad que por las características psicológicas del dirigido, le sea conveniente y aún necesario un "empujón", sin el cual no tomaría nunca la decisión. En ocasiones JUAN se vio en la necesidad de dar ese pequeño "empujón" a algún dirigido que no se terminada de decidir: «Cerca de vuestra vida, no tengo otro parecer más del escrito, que os vais a vuestra tierra y os metáis monja, porque estar donde estáis no es cosa que os cumple»<sup>58</sup>.

## 6.- *Sanar*

El cristiano recorre su camino con un corazón lleno de muchas heridas. El padre espiritual puede y debe ayudarle a sanarlas llevándolo a la "fuente" de la salud.

Una de las manifestaciones de esas heridas en el corazón humano es un desproporcionado sentimiento de culpabilidad y exagerada sensibilidad respecto a la propia miseria. Si el guía espiritual sabe encaminarlo desde su realidad a un encuentro "vital" con la misericordia divina, que es la fuente de la cual mana la salud de todas la enfermedades espirituales del creyente, estará, junto con darle al dirigido el remedio de sus heridas, cumpliendo uno de sus principales roles como padre y maestro.

---

<sup>58</sup>

*Carta 205, 9ss.*

Ese fue el modo de proceder de JUAN con sus hijos espirituales, especialmente cuando ellos se veían "desmayados", y necesitados de la medicina que sólo se encuentra en las llagas de Jesucristo. Por ello le empuja a que: «Lo que escarbáis en vuestra miseria, escarbarlo en su misericordia»<sup>59</sup>.

El corazón herido del hombre sólo puede quedar sano al entrar en contacto con el corazón misericordioso de Cristo: «Vete con Él, que más puede su misericordia y los trabajos que Él pasó por ti para agradar a Dios Padre, que tus culpas para desagradallo»<sup>60</sup>.

La experiencia le ha demostrado a JUAN que, aunque las palabras dirigidas a sus interlocutores estén llenas de la bondad y perdón del Padre celestial, no siempre el mensaje del amor de Dios entra y se posesiona en lo más profundo del corazón del creyente. Es un proceso, lento y largo. Por ello una y otra vez, aunque parezca insistente, recomendará y exhortará a sus oyentes a profundizar en la misericordia divina como punto de referencia obligado y que vertebrará de todo ulterior caminar en la virtud<sup>61</sup>.

La realidad del pecado en la vida del creyente no es un tema fácil de asumir y de integrar dentro del proceso de maduración en la fe. Sólo a través de un constante «ponerlos (los pecados) en la misericordia de Dios»<sup>62</sup>, en ese corazón del Señor que es «misericordioso y hacedor de misericordia»<sup>63</sup>, puede el cristiano encontrar consuelo y remedio.

Por grande que sea la herida del pecado, siempre debe

---

<sup>59</sup> Carta 139, 50ss.

<sup>60</sup> Ser 19, 238ss.

<sup>61</sup> «No hay momento en que la misericordia y largueza del Señor no esté lloviendo en ti nuevas mercedes». Ser 42, 12ss.

<sup>62</sup> AF c. 18, 1754s.

<sup>63</sup> AF c. 21, 2033s.

<sup>64</sup> AF c. 18, 1783ss

sobresalir la confianza y la esperanza: «porque el que es parte y juez nos perdona y nos absuelve, mediante nuestra penitencia, y sus ministros y sacramentos»<sup>64</sup>. No es poco frecuente que el creyente que se deja llevar de una exagerada sensibilidad y sentimiento de culpa, se sienta inclinado a ver o acentuar en Dios el rol de juez airado. Por ello JUAN propondrá la misericordia divina como la única gran fuerza sanadora, e insistirá en cómo siempre ella obra «según su costumbre. Y de aquí viene que, en lugar del airado juez, nos sea Dios piadoso y Padre»<sup>65</sup>.

El comportamiento del corazón humano no es algo simple ni sencillo. En torno a él ronda el desequilibrio que procede tanto del pecado de los orígenes, como los personales. Al perderse el orden y la armonía que deben reinar entre el conocimiento de Dios y el del propio pecado, no tardará mucho en que la misma figura de Dio se vaya desfigurando. Ante esa realidad JUAN recomienda a uno de sus dirigidos: «A lo que vuestra señoría entiendo, tiene más de propio conocimiento que de conocimiento de Dios, y por esto terná más de temor que de esperanza y de amor»<sup>66</sup>.

Cuando el corazón se encuentra enfermo a causa de poner un excesivo acento en la propia miseria y culpa, el conocimiento propio, que en sí es algo bueno y necesario<sup>67</sup>, pasa a ser una fuente de "desmayo", y en decaer de la esperanza y confianza en Dios.

A quienes viven ese trance espiritual, JUAN les recomienda no cesar en buscar su remedio y salud en el amor de Dios. «Señora, no os desmayéis, que más tenéis por qué confiar que no desconfiar. Mas amada sois del Rey celestial

<sup>65</sup> AF c. 20, 1987ss.

<sup>66</sup> *Carta 18*, 88ss.

<sup>67</sup> Cf. *Carta 32*, 30ss.

<sup>68</sup> *Carta 20 (2)*, 44ss.

que aborrecida del león infernal»<sup>68</sup>.

La situación que este tipo de cristianos atraviesan, reclama de JUAN recurrir a su más fina experiencia y prudencia al momento de tratarlos. Esta distorsión del conocimiento propio puede llegar a hacerles desconfiar de la propia salvación. «Parece cierto que uno de los mayores pecados que vuestra merced tiene es sentir tasadamente de la bondad del Señor, que es sin medida. Y por una parte tiene a Dios por altísimo y al pecador por muy malo, por ser contra él; y por otra parte, siente de Dios bajamente, pues no confía que, por la inefable gracia que hizo al mundo en darnos su hijo, usa misericordia con los desamados, para que sean traídos por la penitencia a ser amados, y reciban mercedes los que no merecían el pan que comían, y aun eran dignos de azotes»<sup>69</sup>.

## 7.- Escuchar

Ejercitado durante toda su vida en la escucha de Dios, JUAN se siente igualmente llamado a saber escuchar a quienes le desean abrir el corazón. Pareciera que un hombre tan ocupado y solicitado como JUAN debiera ser una persona muy medida en la distribución de su tiempo, pero cuando es la caridad la que pone la medida de la entrega personal, el tiempo, las prisas, las muchas ocupaciones, por buenas y santas que sean, deben siempre quedar al servicio de la persona concreta ante la cual se está.

Al respecto, tenemos «una noticia que (...) en la ciudad de Córdoba (...), salió el dicho P. Mtro. Ávila a decir misa a la parroquia de la Magdalena, y que sería las once y media,

---

<sup>69</sup> Carta 44, 193ss.

poco más o menos, y que, entrando en la dicha iglesia, llegó a el dicho P. Maestro una mujer (...) y le dijo que le oyese de penitencia; y entonces el dicho P. Mtro. se reparó y le oyó, y le duraría como hasta después de las doce. Y que, estando en esto, llegó el P. Joan Villarás (...) y le dijo: 'Venga vuestra merced a decir misa, que son las doce', y que entonces respondió el dicho Mtro. Ávila: 'No importa que sean, que más conviene acudir al consuelo de esta ánima, y de ello se servirá más a Dios que no que yo diga misa' Y que así con estas razones prosiguió su confesión hasta cerca de la una del día, y que por ello se había quedado por decir misa»<sup>70</sup>.

#### 8.- Encaminar

Al director espiritual no le corresponde llevar al dirigido por *su* camino, a él sólo le incumbe *ponerlo en camino*. Parece lo mismo pero son dos actitudes frontalmente opuestas.

La dirección espiritual no busca "imponer un camino" sino, más bien, poner al cristiano "en" camino y en "el" camino. Para despertar el gusto interior en el dirigido, JUAN siempre supo «conducir y guiar a las almas por las sendas de la perfección cristiana, mostrándoles las alturas de la santidad a que somos llamados»<sup>71</sup>.

La primera es parecida a un "acarrear", llevar al creyente por un camino sin contar lo suficiente con su opinión y vocación. Es muy probable que ese camino por el que es *llevado*, no sea el camino que le conviene y ni siquiera el que Dios le tiene preparado.

<sup>70</sup> Obras, I, 172.

<sup>71</sup> I. G. MENÉNDEZ-REIGADA, "El Beato Juan de Ávila, Maestro de vida espiritual": *Vida sobrenatural* 39 (1940) 17.

Un comportamiento tal en el director puede desvelar varios vacíos: falta de prudencia, una concepción de la autoridad más autoritativa que de padre y siervo, poca ciencia y por supuesto muy poca experiencia en el conocimiento de la gran libertad con la que Dios llama y guía a sus hijos a lo largo de todo el camino espiritual.

### 9.- *Fidelidad a Cristo*

El director espiritual goza de gran libertad al momento de relacionarse con cada dirigido, se entiende que la relación que entre ambos se establece está clara y decididamente orientada a fines evangélicos, fines hacia los que se debe aspirar bajo la dirección de la caridad, de la prudencia y de la rectitud de intención. «Trabajemos, padre, por morir antes que demos maculam in gloriam nostram. Y pidamos al Señor con cuidado que del todo y en todo obre El y hable en nosotros; porque, nosotros hollados, El sea el precioso en nuestros ojos y en los de todos. No miremos a otra parte sino a la gloria de Dios, y ésta busquemos, y de ésta seamos pregoneros; que quien mira a la propia es semejable (...) Fidelísimo fue Cristo a su Padre, cuya gloria siempre predicó y buscó; (...) y así los predicadores de Cristo su gloria han de predicar y a El referir todo lo que bien obran y hablan, para que así sean coronados por El como El lo fue por el Padre»<sup>72</sup>.

Este consejo, que ofrece a un hermano sacerdote, es el mismo consejo que él practicó a lo largo de toda su vida: «y así los predicadores de Cristo su gloria han de predicar y a El referir todo». Un sacerdote del calado espiritual de JUAN tiene muy claro cual es su lugar en el plan de Dios y nunca

---

<sup>72</sup>

*Carta 4, 26ss.*

pretenderá arrogarse o atribuirse un rol o función que no sea el dispuesto en los planes de Dios. Veamos cómo JUAN se expresa al respecto: «No atribuya vuestra merced a mí el bien que concibió, que no es obra nuestra engendrar en las ánimas santas: sino de Aquel que dijo en el principio del mundo: Hágase la luz, y fue hecha. Aquel mismo luce en los corazones y habla palabras de vida, aunque nosotros somos los instrumentos»<sup>73</sup>.

JUAN siempre fue un servidor "leal" con Dios. Sabía cuál era su lugar y su misión como sacerdote. JUAN no se siente incómodo de reconocer ser un "instrumento", un cooperador, una causa eficiente en el orden de la gracia. «La gloria de Dios sea para Dios, pues que son para en uno; que si a otro la queremos dar, ¿qué cosa más mal casada ni mayor adulterio que la gloria del Criador con la criatura? Esposa buscamos, no nos alcemos con ella, ánimas, en las cuales sea Cristo aposentado y nosotros olvidados, porque más se acuerden de El, salvo en cuanto El ve que es necesario, para que por nuestra memoria y estima le estimen y amen a El»<sup>74</sup>.

JUAN no se busca a sí mismo a través del ministerio; lo que sí buscaba son los corazones de las gentes para que le dieran su amor a Dios. «Y así piense el pregonero de Cristo que todo lo que quisiere le dará Él, salvo la honra y el amor de las ánimas; que esto, Padre, aunque se os ofrezca no lo habéis de tomar, mas holgaros con que amen a Cristo y le honren; y a nosotros, que nos aborrezcan y huellen y nos escupan en la cara; para que, así ganen ellos y ganemos nosotros: ellos con mirar a Cristo, nosotros con ser despreciados por Él»<sup>75</sup>.

<sup>73</sup> Carta 69, 23ss.

<sup>74</sup> Carta 1, 43ss.

<sup>75</sup> Carta 4, 46ss.

JUAN era un Maestro en orden a saber aprovechar todas las ocasiones de su vida y de su ministerio para encontrar un motivo y una oportunidad de que Cristo sea el amado y honrado y él puesto en un segundo lugar. Es algo tan vivo en su corazón, es su forma de testimoniar su amor fiel a Cristo esposo, y a Dios Padre<sup>76</sup>.

JUAN llegó a esta actitud de hijo fiel ante el Padre Dios gracias a recibir y aprovechar las muchas luces que a este respecto el Señor le prodigó y junto a ello al diario ejercicio del conocimiento propio y virtud de la humildad.

### III- Cualidades del dirigido espiritual

El santo, en su obra *Audi, filia*, junto con dar criterios al confesor y director espiritual, ofrece también graves recomendaciones para los dirigidos acerca de su vida cristiana y trato de sus almas con el padre espiritual.

#### 1.- *Buscar con esmero un director espiritual*

En primer lugar el Maestro Ávila anima e invita a sus

---

<sup>76</sup> Su profundo conocimiento del misterio del amor de Dios le guía a paso seguro en todo su apostolado, con plena y consciente rectitud de intención y profunda humildad en todo su hacer apostólico. Para este fin le sirve de ejemplo la actitud de José en Gén 39,8-9: «Y de este conocimiento de Dios, resulta en él ánimo que de él se aprovecha, una profunda y leal reverencia a la sobreexcelente Majestad divina, que le pone aborrecimiento de atribuir a sí misma, ni a otra criatura, algún bien, que ni aun pensar en ello quiere; considerando que, así como el casto José no quiso hacer traición a su señor, aunque fue requerido de la mujer de él; así, no debe el hombre alzarse con la honra de Dios, la cual Él quiere para sí, como el marido a su propia mujer, según está escrito: *Mi gloria no la daré a otro*». AF c. 67, 6817ss.

interlocutores a buscar con esmero y dedicación un director espiritual a quien encomendar los caminos de su espíritu. «Y puesto tanto os va en acertar con buena guía, debéis con mucha insistencia pedir al Señor que os la encamine él de su mano, y, encaminada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y, no escondáis cosa de él, buena ni mala; la buena, para que os encamine y os avise; la mala, para que os corrija»<sup>77</sup>.

A lo largo del capítulo 28 de *Audi, filia*, habla sobre las tentaciones contra la fe y cosas de Dios, gracias a las cuales trata el demonio de traer a los hombres a desesperación. «Suele a los que estas tentaciones tienen dar mucha pena el haberlas de decirlas abiertamente a su confesor, por ser cosas tan feas y malas, que no merecen ser tomadas en lengua, y que el solo nombrarlas causa desmayo. Y, por otra parte, si no las dicen muy por extenso, y no las relatan cada pensamiento, por menudo que sea, paréceles no ir bien confesados. Y así nunca van satisfechos, ora lo digan, ora lo callen, mas con más tristeza de la que trajeron»<sup>78</sup>.

## 2.- *Sinceridad y transparencia*

La sinceridad y transparencia deben estar siempre presentes en el dirigido al momento de mantener con el director el "trato" de su caminar en la fe. Su ausencia sería causa inmediata de una dirección espiritual absolutamente desvirtuada y que, de no corregirse a la brevedad ese vicio, quedaría vaciada de todo sentido y provecho espiritual.

El apostolado que, por medio de este carisma, ejerce

<sup>77</sup> AF c. 55, 5672ss.

<sup>78</sup> AF c. 28, 2720ss

el padre espiritual depende en primer lugar de la presencia y acción del Espíritu Santo en las vidas y en la relación entre director y dirigido, pero si, a su vez, no se cuenta con la debida cooperación por parte del dirigido, especialmente su sinceridad y transparencia, el director se verá privado de los elementos necesario de juicio, y le será imposible ofrecerle la ayuda y consejo que le convienen para su situación presente.

Para JUAN, Dios es principalmente amor y misericordia, pero también es un atributo de Dios el de ser suma verdad. La verdad y la humildad está estrechamente unidas y se reclaman mutuamente. La humildad ayudará al dirigido a revelar hasta lo más profundo de su corazón, "las raíces de la tentación": obrando así demuestra su deseo de buscar verdaderamente la santidad. Si se pretende aparentar o "retocar" ante el padre espiritual la verdad del momento espiritual en que se encuentra, se le impedirá al confesor "que él quede satisfecho y entienda el negocio". «Deben las tales personas buscar un confesor sabio y experimentado, y darle a entender las raíces de la tentación de manera que él quede satisfecho y entienda el negocio; y darle muy entero crédito en lo que dijere, porque en esto consiste el remedio de estas personas que, o por su poco saber, o por estar apasionados, no son partes para ser buenos jueces de sí»<sup>79</sup>.

### 3.- *¿Confiar o no confiar en el hombre?*

Las relaciones humanas están llamadas a desarrollarse dentro del ámbito de la confianza mutua. Es algo propio del hombre poder libremente confiar en el prójimo y, a su vez,

<sup>79</sup> *Ibid.*, 2727ss.

ser depositario de la confianza de él. La historia de la salvación es también una historia de confianzas mutuas, entre Dios y el pueblo y viceversa. El Evangelio nos presenta a Jesucristo relacionándose con los demás, especialmente con sus discípulos, en un ambiente de profunda confianza y libertad.

El ser humano no puede vivir sin confiar en los hermanos, pero esta confianza puede sufrir algunos vicios, de los cuales JUAN desea advertir y prevenir tanto al director como al dirigido espiritual. «Y de esta manera huiréis de dos males, y extremos: uno, de los que dicen: “No he menester consejo de hombre; Dios me enseña y me satisface”. Otros están tan sujetos al hombre, sin mirar otra cosa sino que es hombre, que les comprende aquella maldición, que dice: Maldito el hombre que confía en el hombre. Sujetaos vos a hombre, y habréis escapado del primer peligro; y no confiéis en el saber ni fuerza del hombre, mas en Dios que os hablará y esforzará por medio del hombre, y así habréis evitado el segundo peligro»<sup>80</sup>.

Si el dirigido se fía demasiado de sí mismo caerá en dos errores evidentes: autosuficiencia o desproporcionada confianza en un hombre.

Es obra del Espíritu Santo la santificación del alma; él diviniza y transforma nuestra existencia. Su acción «da lumbre al entendimiento, infunde amor a la voluntad y fortaleza en el cuerpo»<sup>81</sup>. El director espiritual tiene que ser un instrumento dócil a las mociones del Espíritu Santo y guiar al dirigido en la misma dirección que Dios inspira y mueve. Obrando así, el padre espiritual se constituye en una verdadera y efectiva ayuda en el proceso espiritual del

---

<sup>80</sup> AF c. 55, 5680ss.

<sup>81</sup> Carta 121, 4ss.

dirigido. De no ser así, y si trata de reemplazar la labor del Paráclito, el director se convertirá en un verdadero obstáculo y estorbo para la madurez y crecimiento espiritual del dirigido.

Al respecto el Maestro ÁVILA da claras indicaciones y amonestaciones al dirigido para que actúe prudentemente en este tema: «El siervo de Dios, el confesor y el predicador, no te han de ser estorbo para el Espíritu Santo; hate de ser una escalera para que tu subas a Dios»<sup>82</sup>. Sólo el Espíritu Santo puede operar esa regeneración interior que pone, «perfectísima conformidad en la voluntad del hombre con la voluntad de Dios»<sup>83</sup>.

Esta sinceridad y humildad nos invita a imitar el ejemplo de obediencia que Cristo nos da, así sabremos cumplir los designios del Padre Dios<sup>84</sup>. La práctica de la obediencia ofrece en el camino espiritual gran seguridad y paz. Los santos la han practicado, y con ello dado ejemplo<sup>85</sup>.

El director espiritual debe, ante el fenómeno del sentimentalismo, recomendar siempre actuar con espíritu de fe, vida de sacrificio, en todo buscar y seguir la voluntad de Dios y vivir con profundo espíritu de humildad. La

---

<sup>82</sup> Ser 27, 262ss.

<sup>83</sup> AF cap.30, 5167ss.

<sup>84</sup> «Cristo, obediente fue a su Padre y en vida y en muerte; y también obedeció a su santísima Madre, y al santo Josef, como cuenta San Lucas. Y no piense nadie de poder agradar sin obediencia al que tan amigo fue de ella, que, por no la perder, perdió la vida en la cruz». AF c. 101, 10625ss; cf. Lc 2, 51.

<sup>85</sup> «Y tened por cierto que aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro, para hallar la voluntad del Señor, como éste de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los santos, y tan obrado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las vidas de los santos padres, entre los cuales se tenía por muy gran señal de llegar uno a la perfección en ser muy sujeto a su viejo». AF c. 55, 5689ss.

<sup>86</sup> AF c. 26, 2574s.

verdadera consolación divina no se funda en el sentimentalismo. El seguimiento de Cristo si es "por consolaciones y gustos de ánima", es como si le siguiera "por dineros"<sup>86</sup>. Los sentimientos espirituales tienen su lugar en la vida espiritual siempre que no se busquen o procuren directamente en desmedro de la verdadera vida de fe y amor. «Y por esto habéis de tomar estos sentimientos, o lágrimas, de tal arte que no os vais mucho tras ellas, porque no perdáis por seguir las aquel pensamiento o afección espiritual que las causó»<sup>87</sup>.

La primacía del camino de la fe no debe quitar ese acento de gozo y consolación, que va en la línea de la esperanza, que debe darse en el caminar espiritual. Son muy grandes los motivos de gozo y felicidad, donde el alma gusta de esa amistad con Dios y goza de gran libertad. En verdad, «un ánima no puede estar mucho tiempo sin buscar consolación, buena o mala»<sup>88</sup>. Así, por encima de toda prueba o desolación el sabernos hijos amados de Dios y la esperanza de alcanzar los bienes prometidos imprime en el cristiano un gozo que le acompaña en todo su peregrinar.

#### 4.- *Docilidad y espíritu de obediencia*

La docilidad será una característica necesaria de la vida en el Espíritu Santo. Se requiere para saber recibir las correcciones, especialmente de quienes están legítimamente constituidos en autoridad de la Iglesia. Es imprescindible al

<sup>87</sup> AF c. 74, 7592ss.

<sup>88</sup> AF c. 9, 820s.

<sup>89</sup> La docilidad a la voluntad del Padre es un tema de profunda raíz bíblica: "Quienquiera que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano, hermana o madre" (Mt 12, 50). Los que se dejan conducir por

momento de discernir de donde vienen los espíritus. Sin ella es muy difícil que se de la verdadera corrección fraterna.

La dirección espiritual de JUAN es una verdadera "escuela" de docilidad al Espíritu Santo<sup>89</sup>. El Paráclito es siempre el verdadero y principal director espiritual<sup>90</sup>. La orientación que el Maestro ofrece está en íntima relación y dependencia con los dones de consejo, entendimiento y sabiduría. Esta docilidad al Espíritu debe también expresarse en una sincera docilidad a las normas y criterios eclesiales de discernimiento.

El protagonista principal de todo el proceso de discernimiento y crecimiento espiritual, como de la formación y maduración de la propia vocación, ha de ser el Espíritu Santo<sup>91</sup>.

Es un dato ya asumido e incorporado que, en el ejercicio del discernimiento espiritual, se cuenta con una aplicación de nuestra actividad psicológica, «pero no meramente psicológica, sino una actividad de las facultades humanas sometidas al influjo y guía de la fe, de la gracia y dones del Espíritu divino»<sup>92</sup>.

Especial importancia reviste en la vida espiritual saber disponer el corazón a la acción del Espíritu. Ello se debe

el Espíritu de Dios, hacen la voluntad de Dios y son nacidos de Dios (cf. Rm 8, 14). Es como un "hacerse como niños" ("Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos" Mt 18, 3; cf. Mc 9,35; Lc 9, 48). La docilidad cristiana nos abre a la luz que viene del hermano. Requiere una disposición de sencillez, de despojo de uno mismo en vistas a abandonarse y confiarse en Dios. Es, también, una pureza de corazón que nos permite ver la voluntad de Dios —que llega por diversos causes— todo en razón de ver a Dios. (cf. Mt 5, 8).

<sup>90</sup> «No ceses de pedirlo, no dejes de desearlo con gran deseo, sintiendo de Él que vendrá a tu ánima(...) Apareja tu posada(...) y todos estemos con verdadera confianza, que por su misericordia vendrá en fuego de amor, fortalecer[á] nuestros corazones y darnos ha sus dones» Ser 27, 509ss.

<sup>91</sup> M. RUIZ JURADO, *El discernimiento espiritual. Teología. Historia. Práctica*, Madrid, 1994, 288.

<sup>92</sup> *Ibid.*, 33.

traducir en una disposición capaz de llevar a tomar actitudes y medidas que favorezcan la presencia y acción del Paráclito, especialmente no tener el corazón apegado a personas y cosas: «No verná el Espíritu Santo hasta que quites el amor demasiado de las criaturas. El Espíritu Santo a solas quiere estar contigo»<sup>93</sup>.

Esta docilidad al Espíritu Santo, a los criterios eclesiales y la debida al director espiritual, está en estrecha relación con otras virtudes, en especial el conocimiento propio, la humildad, la obediencia y el deseo de santidad.

Dentro de la relación que surgen entre el director y el dirigido la obediencia está llamada a ocupar un lugar muy importante y delicado<sup>94</sup>. Al respecto el Maestro ÁVILA le

<sup>93</sup> Ser 27, 256ss.

<sup>94</sup> La docilidad a la que JUAN alude, tiene unos matices muy importantes. No se trata de un tipo de obediencia como la que el súbdito da a su superior. Aquí JUAN desea principalmente que se viva el *espíritu* de docilidad y obediencia, como un camino seguro de santidad. Desea que los consejos del director estén orientados no a “atar” la conducta del discípulo sino que vea en ellos el «consejo de hombres espirituales(...) que le guíen, y no haya descuidado a parar a donde no piensa». Cf. *Carta 156 y 157*. En la *Carta 56*, 28ss, se aprecia cómo JUAN no entendía la obediencia entre dirigido y director como la que se debe dar a un legítimo superior. JUAN la presenta, más bien, como un recibir con interés y veneración los consejos del director.

<sup>95</sup> AF c. 55, 5677ss. Una idea parecida expone JUAN al escribirle a “una doncella que había comenzado a servir a Dios”: «Conviene que miréis cuán amigo fue Él de obedecer y de humillarse, pues fue sujeto a criaturas, siendo Él su Criador; y andaba a la voluntad de ellas el que rige por su querer el cielo y la tierra: y quiere de vos que seáis mansa y humilde, a semejanza de Él; blanda y callada, obediente y sosegada como una paloma; porque, pues Él es Cordero, vos debéis ser paloma, para que seáis semejables, para ser Esposo y esposa. Preciaos mucho de ser obediente, aunque sea en cosas muy duras, pues vuestro Esposo lo fue *hasta la muerte en cruz* (Flp 2, 8). Porque obedecer en lo que no da pena, no es mucho de agradecer, mas en lo que no hemos gana, es contado por muy gran sacrificio, que huele muy bien delante de Dios». *Carta 94*, 85ss.

aconseja a doña Sancha Carillo: «no la hagáis sin su parecer (del director espiritual), teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que Él tornará en el corazón y lengua a vuestro guía lo que conviene a vuestra salud»<sup>95</sup>.

### 5.- *El deseo firme de santidad*

Para hablar de dirección espiritual en sentido estricto, es imprescindible el deseo firme y sincero de santidad en el corazón del dirigido. Este deseo de perfección es imprescindible a lo largo de toda la vida espiritual del cristiano, el cual, es bueno recordarlo, es suscitado por el mismo Espíritu Santo<sup>96</sup>. El deseo de perfección y de encontrar a Dios indica una actitud de humildad, ya que el creyente movido por ese anhelo, reconoce que necesita muchas ayudas para lograr ese fin<sup>97</sup>.

En lo que respecta a la dirección espiritual, no es el director el que va ofreciendo su "servicio": es, más bien, el cristiano deseoso de Dios el que va buscando un "Maestro", un guía una ayuda en los caminos del Espíritu.

La dirección espiritual es una *mediación*, un *servicio*, un *apostolado* muy preciso; éste se justifica en la medida en que haya personas que lo requieren y necesitan, creyentes que con confianza y generosidad aspiren a llegar a la meta a la cual han sido llamados. Se puede decir que la dirección

---

<sup>96</sup> Es del Espíritu Santo de quien «recibimos virtudes y dones, para que podamos obrar conforme al alto ser de la gracia, que nos fue dada». AF c.84, 8772ss.

<sup>97</sup> En esta misma línea de entender la dirección espiritual como una auxilio hacia quienes desean conocer y seguir los planes de Dios leemos: «es la ayuda fraterna en vistas a la perfección; se trata de discernir los planes de Dios y ser fiel a los mismos». J. ESQUERDA BIFET, *Caminar en el amor, Dinamismo de la vida espiritual*, Madrid, 2ª, 1990.

<sup>98</sup> Ser 2, 548s.

espiritual es una obra espiritual de caridad. «¡Qué lástima es ver que sea Dios poco amado y deseado! (...) ¡que no sea amada y deseada aquella suma Bondad! (...) Una de las mayores faltas que hay en nosotros es no tener deseo de Dios»<sup>98</sup>.

Hace falta que el dirigido tenga "ganas de andar", pues de allí se sigue que: «mucho tiene andado del camino el que tiene buena gana de andar»<sup>99</sup>.

---

<sup>99</sup>

*Carta 63, 8s.*

